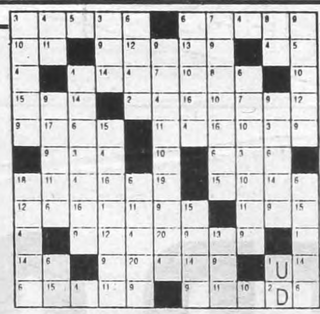
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES



EL TERCER CUERPO



Página/2/3

Verano/12

PACTO BILATERAL

(*Por Camilo Sánchez*) La vio entre muchas, en la barra del San Rafael. Largo el vestido y entubado, con un tajo necesario más allá de la rodilla. Delataba —se veía la silueta perfecta, sin marcas— el cumplimiento de un pacto: nada había entre él y la piel bronceada con paciencia en Solanas. La ejecución de éste, a la vez, daba validez y certeza al otro, al contrato verdadero.

—Cien dólares —había dicho ella, el índice dele jugar con los cubitos, en la garganta del vaso.

—Doscientos —dijo él, decidido a manejar el silencio. Había oído la historia, o la había leído de chico. Le gustaba.

—Doscientos —insistió— pero si gozás, si llegás al final, never. Ni un verde.

Ella, casi desde un piso más arriba, divertida, dijo bueno.

Horribles los prolegomenos. Cada uno en su papel, pidiéndose permiso en la contienda. El decidió la iniciativa. Se olvidó —fue sencillo— de la apuesta. Comenzó a poner el cuerpo en cada cosa. Acechó en el mínimo roce de la rodilla en la pelvis, la vida en esa lengua, todo el tiempo para envolver la cintura que cedía, infatigable en el reconocimiento de cada destello de la mujer que se encendía a fuego lento.

Ella levantó barreras, edificó paréntesis, pero cometió enseguida un error difícil de remontar. No intentó atravesar lo que le iba pasando: pretendió evitar humedades con pensamientos. Quiso ponerse en otro lugar con la cabeza, pero ahí mismo los tirones de un cuerpo que era tratado como un caramelo nuevo, la esclavizaron. Cuando menos quería atenderlos, más la convocaban como seduce el sueño, o un precipicio. Resistió hasta que los temblores, edificándose desde la médula, le hicieron perder todo vestigio del oficio, ninguna señal de profesionalidad. Lo apretó contra ella, le dijo vamos, ahora. Cayeron al fin juntos hacia el fondo de tinieblas violetas.

Después, al rato, él fue hasta la cocina y se abrazó a una botella de agua mineral: la boca dejó de estar polvorienta enseguida. Satisfecho, vio pasar —comprimidas, como una ráfaga— las escenas del juego reciente, la treta que había resultado eficaz, que ayudaba a desbaratar algún tedio, ocho años juntos, pretendía demoler la palabra matrimonio.

EL TERCER CUE[RPO]

(fragmento)

Martín Caparrós nació en 1957 en Buenos Aires. En 1984 publicó su primer libro "Ansay o los infortunios de la gloria". Su segunda novela, "No velas a tus muertos", apareció en 1986. La editorial Puntosur publicará próximamente "El tercer cuerpo", cuyo primer capítulo aparece en estas páginas.

Por Martín Caparrós

"Convénzanse todos de que el que vive bajo la obediencia debe aceptar ser encaminado y gobernado por la Divina Providencia, que se expresa a través de sus superiores, exactamente como si fuera un cadáver que soporta ser conducido y manejado de algún modo".

San Ignacio de Loyola, 1534

Ese día no sería un buen día. La cabeza le chillaba como un gato sin padre, el teléfono de Fellini se reía de su urgencia y la única huella del rubito era un cartel escrito con espuma de afeitar en el espejo del baño: "Bienvenido al club del sida". Además de sábanas, almohadones, vasos y platitos repartidos por la habitación con un orden parecido al caos.

Ese día, como tantos otros días, estaba por terminar antes de que Jáuregui lo empezara. Debían ser las siete y media y ya casi todo estaba perdido; la ducha también fue un trámite sin esperanzas. Jáuregui se refregaba el cuerpo flaco con saña y una esponja de mar, y cuando escuchó que estaba canturreando los mareados se le escapó media sonrisa, pegó un manotazo a la cortina de baño y encendió la portátil que se oxidaba en las inmediaciones del lavatorio. Una voz chillona anunciaba entre trompetas un flash informativo, pero no lo daba; antes, otra voz, todavía más chillona, y femenina, recomendaba un aceite bueno y barato. Hubo un momento de silencio, quizás de desconcierto, y después sí: "Son las veinte horas cuarenta y cinco minutos en todo el territorio nacional. Un cable recién llegado a nuestros estudios nos informa de la profanación de otra tumba en el cementerio de la Recoleta. Se trata, en esta oportunidad, del nicho que albergara los restos de la señora María de las Mercedes Olaguer de López Aldabe. Con ésta, ya son tres las bóvedas despojadas en las últimas semanas. Aunque la familia no ha hecho todavía la denuncia pertinente, el hecho se conoció gracias a la información de un cuidador de la citada necrópoli. No se conocen por el momento los móviles ni los autores del incalificable atentado, pero se investigan las posibles vinculaciones con los dos anteriores. Esperamos ampliar la información en posteriores encuentros informativos. Más información, en nuestro panorama gigante de las 22 horas, y en todas las ediciones del rotativo del aire". Y más trompetas.

Jáuregui, enjuagándose, no pareció prestarle más atención que al terremoto que destruyó Lisboa en 1756. Cuando cerró la ducha, las carcajadas de las cacatúas del aire desgarraban el vaho del baño; para afeitarse tuvo que deshacer con una toalla mojada las letras blancas sobre el espejo. Por un momento se quedó con la toalla llena de espuma sucia en la mano; después se enjabonó con ella la cara y, al pasar el primer trazo de gillette por el cuello, una gotita de sangre muy roja tiñó las nubes grisáceas del jabón.

Con la toalla enroscada en las caderas se paseó unos minutos por los dos ambientes, recogiendo algún almohadón, un par de vasos. El ambiente grande era bastante más grande que un maní grande; allí, en el mejor estilo baulera, se repartían el espacio vital una mesa redonda de madera deslustrada, cuatro sillas de la misma calaña y, contra la pared sobrante, un silloncito de dos cuerpos con un estampado donde todas las flores del mundo se daban la mano, solidarias. Junto al sofá había una mesita baja, de vidrio y mimbre, que estaba a punto de morir bajo el peso del teléfono, el contestador y un radiograbador de plástico plateado.

Intentó otra vez hablar con Fellini, y después se metió en la cocina como quien se dirige al sacrificio. La heladera estaba tan vacía como había imaginado que estaría la cabeza del rubito, con la diferencia de que la heladera no hizo ningún esfuerzo para demostrarle su error. Llenó un vaso de leche larga duración, y se lo llevó al living.

Sobre la mesa había un papel de diario y, encima, unos potes de pintura grandes como una nuez, tres o cuatro pinceles ahogándose en un frasquito y un soldadito de plomo a medio pintar. Otros cuatro esperaban su turno, sin colores. Al lado había un libro grande, lleno de dibujos de uniformes militares, y el soldadito empezaba a parecerse a uno de ellos. Un mameluco egipcio, de esos desafortunados cairotas que acompañaron a Napoleón en todas sus campañas, mataron sin odio europeos de todas las naciones, reprimieron españoles en un cuadro de Goya y terminaron muriendo en un desierto sin arena, en la nieve de Rusia, 1812. Tenía sin pintar la gorra, unos arreos del uniforme y, sobre todo, el bigote. El libro lo explicaba: "Era requisito indispensable para pertenecer al cuerpo de mamelucos —o mamluks— el porte de importantes bigotes, usualmente renegridos, con las guías vueltas hacia el cielo". Y, más abajo: "Mameluco deriva de una palabra árabe, mameluz, que significa el poseído, el esclavo".

Jáuregui se fue a la habitación, se puso un bluyin gastado, una camisa violácea y unas zapatillas negras. Vestido, miró la almohada, miró a su alrededor y decidió salir a la calle, porque no se le ocurría nada mejor.



Llamarlo casualidad es un abuso. Jáuregui se encontró a Fellini en la esquina de Palladium, junto a las fogatas de los refugiados, porque hacía casi media hora que se había parado ahí, a esperarlo. Conocía bastante bien las costumbres del recién llegado. Que podía tener 30 o 40 años y tenía, sin duda, el pelo castaño y enrulado un poco largo, casi hasta los hombros; una nariz delgada y quebradiza y, en general, la cara más larga que haya podido imaginar un espejo convexo sobre un cuerpo que se iba achatando progresivamente. Las fogatas chisporroteaban con entusiasmo mesurado, y los dos hombres se besaron en la mejilla.

—Esta escena es increíble. Me parece que la película tendría que empezar acá, con estos fuegos de fondo para los títulos. Las moscas, se va a llamar, estuve pensando mucho. Tiene que haber mucha dispersión, me entendés, el sinsentido, y mucho fragmento. Fragmentos acelerados y brillantes, tipo videoclip, y después largos pedazos confusos, casi sin movimiento, sin imágenes definidas.

Jáuregui lo conocía de muchos años, de cuando todavía quedaba gente que lo llamaba Andrés y no dileaba con cocaína; desde entonces, en ningún momento había dejado de explicar a quien se le cruzara por delante que el tráfico era sólo una astucia para conseguir fondos para la película. En los últimos años, la película había cambiado una docena de veces de tema y argumento, y casi todas las noches de tratamiento cromático, enfoques, ritmos y estilo narrativo pero seguía siendo maravillosa, la mejor, el sentido de una vida.

—¿Tenés algo?

—¿Acá?

—No te hagás el boludo.

—Ya va. ¿Y vos, me conseguiste a alguien?

Es probable que el baño de hombres de Palladium no sea el lugar ideal para que un padre separado lleve a sus hijos cuando le toca el paseo semanal. Ya se sabe que los chicos suelen contarle todo a mamá, y no hay más de diez o doce madres que quedarían encantadas con el relato. Si la estación de tren de Perpiñán era para Dalí el ombligo del mundo, ese baño representaba seguramente el epicentro de cierto mundo porteño: esa noche, como casi todas las noches, el baño de hombres era un concentrado de la fauna de la discoteca, ampliada y desnudada por la luz muy blanca. Por allí se paseaban los penachos lila y las ojeras negras, las miradas perdidas y los gestos relamidos en medio de un ajetreo que no podía ser justificado por meras necesidades mingitorias.

Jáuregui hizo una escala en el salón para un whisky rápido. El lugar rebosaba de cuerpos que se rozaban, se agitaban, se exhibían. Al fondo, en el escenario, cuatro muchachos dramatizaban una ópera minimalista: mientras tres de ellos, en cuclillas, salmodiaban con variedad de sonidos una sola palabra propiciatoria de alguna desgracia, el cuarto los azotaba con una rama de fresno verde. El vareador estaba vestido de presidente, con la banda argentina atravesada sobre el frac y una galera color patito; los otros tres, de carmelitas descalzos hasta la coronilla. Media docena de perros policía los olisqueaban con esmero; un manto negro, con las patas en los hombros del supliciado del medio, intentaba sobre su cabeza una masturbación frenética, convulsiva. Detrás, en una tela blanca de muchos metros cuadrados, una pintada con aerosol rojo: "Los fiambres son para comérselos. Lalengua".

Nadie parecía prestarles mayor atención; en un rincón de la pista, del otro lado, diez o doce mujeres totalmente pintadas de negro intentaban una pirámide casi humana mientras coreaban la marcha radical; a su alrededor, buena parte de la concurrencia las ayudaba o trataba de tirarlas o las rociaba con chorros de cerveza. Jáuregui evaluó —y desechó— la posibilidad de embetunarse las manos en la construcción de la pirámide y se fue hacia el baño.

Al entrar, un rubito parecido al de la noche anterior lo miró con ojos vacunos mientras se acariciaba con la mano huesuda un esternón flaco bajo la camisa blanca con puntillas. Jáuregui, sin pararse, le dijo algo que sonó como adiós muñeca y le pisó deliberadamente un pie con sus zapatillas negras. El rubito contuvo un aullido, que quedó en mueca tragicómica; Jáuregui se

EL TERCER CUERPO

(fragmento)

Por Martín Caparrós

"Convénzanse todos de que el que vive bajo la obediencia debe aceptar ser encaminado y gobernado por la Divina Providencia, que se expresa a través de sus superiores, exactamente como si fuera un cadáver que soporta ser conducido y manejado de algún modo."

San Ignacio de Loyola, 1534

Ese día no sería un buen día. La cabeza le chillaba como un gato sin padre, el teléfono de Fellini se reía de su urgencia y la única huella del rubito era un cartel escrito con espuma de afeitar en el espejo del baño: "Bienvenido al club del sida". Además de sábanas, almohadones, vasos y platitos repartidos por la habitación con un orden parecido al caos.

Ese día, como tantos otros días, estaba por terminar antes de que Jáuregui lo empezara. Debían ser las siete y media y ya casi todo estaba perdido; la ducha también fue un trámite sin esperanzas. Jáuregui se refregaba el cuerpo flaco con saña y una esponja de mar, y cuando escuchó que estaba canturreando los mareados se le escapó media sonrisa, pegó un manotazo a la cortina de baño y encendió la portátil que se oxidaba en las inmediaciones del lavatorio. Una voz chillona anunciaba entre trompetas un flash informativo, pero no lo daba; antes, otra voz, todavía más chillona, y femenina, recomendaba un aceite bueno y barato. Hubo un momento de silencio, quizás de desconcierto, y después sí: "Son las veinte horas cuarenta y cinco minutos en todo el territorio nacional. Un cable recién llegado a nuestros estudios nos informa de la profanación de otra tumba en el cementerio de la Recoleta. Se trata, en esta oportunidad, del nicho que albergara los restos de la señora María de las Mercedes Olaguer de López Aldabe. Con ésta, ya son tres las bóvedas despojadas en las últimas semanas. Aunque la familia no ha hecho todavía la denuncia pertinente, el hecho se conoció gracias a la información de un cuidador de la citada necrópoli. No se conocen por el momento los móviles ni los autores del incalificable atentado, pero se investigan las posibles vinculaciones con los dos anteriores. Esperamos ampliar la información en posteriores encuentros informativos. Más información, en nuestro panorama gigante de las 22 horas, y en todas las ediciones del rotativo del aire". Y más trompetas.



Martín Caparrós nació en 1957 en Buenos Aires. En 1984 publicó su primer libro "Ansay o los infortunios de la gloria". Su segunda novela, "No velas a tus muertos", apareció en 1986. La editorial Puntosur publicará próximamente "El tercer cuerpo", cuyo primer capítulo aparece en estas páginas.

Jáuregui, enjuagándose, no pareció prestarle más atención que al terremoto que destruyó Lisboa en 1756. Cuando cerró la ducha, las carcajadas de las cacatúas del aire desgarraban el vaho del baño; para afeitarse tuvo que deshacer con una toalla mojada las letras blancas sobre el espejo. Por un momento se quedó con la toalla llena de espuma sucia en la mano; después se enjabonó con ella la cara y, al pasar el primer trazo de gillette por el cuello, una gotita de sangre muy roja tiñó las nubes grisáceas del jabón.

Con la toalla enroscada en las caderas se paseó unos minutos por los dos ambientes, recogiendo algún almohadón, un par de vasos. El ambiente grande era bastante más grande que un maní grande; allí, en el mejor estilo baulera, se repartían el espacio vital una mesa redonda de madera deslustrada, cuatro sillas de la misma calaña y, contra la pared sobrante, un silloncito de dos cuerpos con un estampado donde todas las flores del mundo se daban la mano, solidarias. Junto al sofá había una mesita baja, de vidrio y mimbre, que estaba a punto de morir bajo el peso del teléfono, el contestador y un radiograbador de plástico plateado.

Intentó otra vez hablar con Fellini, y después se metió en la cocina como quien se dirige al sacrificio. La heladera estaba tan vacía como había imaginado que estaría la cabeza del rubito, con la diferencia de que la heladera no hizo ningún esfuerzo para demostrarle su error. Llenó un vaso de leche larga duración, y se lo llevó al living.

Sobre la mesa había un papel de diario y, encima, unos potes de pintura grandes como una nuez, tres o cuatro pinceles ahogándose en un frasquito y un soldadito de plomo a medio pintar. Otros cuatro esperaban su turno, sin colores. Al lado había un libro grande, lleno de dibujos de uniformes militares, y el soldadito empezaba a parecerse a uno de ellos. Un mameluco egipcio, de esos desafortunados cairotas que acompañaron a Napoleón en todas sus campañas, mataron sin odio europeos de todas las naciones, reprimieron españoles en un cuadro de Goya y terminaron muriendo en un desierto sin arena, en la nieve de Rusia, 1812. Tenía sin pintar la gorra, unos arreos del uniforme y, sobre todo, el bigote. El libro lo explicaba: "Era requisito indispensable para pertenecer al cuerpo de mamelucos —o mamluks— el porte de importantes bigotes, usualmente renegridos, con las guías vueltas hacia el cielo". Y, más abajo: "Mameluco deriva de una palabra árabe, mameluz, que significa el poseído, el esclavo".

Jáuregui se fue a la habitación, se puso un bluyín gastado, una camisa violácea y unas zapatillas negras. Vestido, miró la almohada, miró a su alrededor y decidió salir a la calle, porque no se le ocurría nada mejor.

Llamarlo casualidad es un abuso. Jáuregui se encontró a Fellini en la esquina de Palladium, junto a las fogatas de los refugiados, porque hacía casi media hora que se había parado ahí, a esperarlo. Conocía bastante bien las costumbres del recién llegado. Que podía tener 30 o 40 años y tenía, sin duda, el pelo castaño y enrulado un poco largo, casi hasta los hombros; una nariz delgada y quebradiza y, en general, la cara más larga que haya podido imaginar un espejo convexo sobre un cuerpo que se iba achatando progresivamente. Las fogatas chisporroteaban con entusiasmo mesurado, y los dos hombres se besaron en la mejilla.

—Esta escena es increíble. Me parece que la película tendría que empezar acá, con estos fuegos de fondo para los títulos. Las moscas, se va a llamar, estuve pensando mucho. Tiene que haber mucha dispersión, me entendés, el sinsentido, y mucho fragmento. Fragmentos acelerados y brillantes, tipo videoclip, y después largos pedazos confusos, casi sin movimiento, sin imágenes definidas.

Jáuregui lo conocía de muchos años, de cuando todavía quedaba gente que lo llamaba Andrés y no dileaba con cocaína; desde entonces, en ningún momento había dejado de explicar a quien se le cruzara por delante que el tráfico era sólo una astucia para conseguir fondos para la película. En los últimos años, la película había cambiado una docena de veces de tema y argumento, y casi todas las noches de tratamiento cromático, enfoques, ritmos y estilo narrativo pero seguía siendo maravillosa, la mejor, el sentido de una vida.

—¿Tenés algo?

—¿Acá?

—No te hagás el boludo.

—Ya va. ¿Y vos, me conseguiste a alguien?

Es probable que el baño de hombres de Palladium no sea el lugar ideal para que un padre separado lleve a sus hijos cuando le toca el paseo semanal. Ya se sabe que los chicos suelen contarle todo a mamá, y no hay más de diez o doce madres que quedarían encantadas con el relato. Si la estación de tren de Perpiñán era para Dalí el ombligo del mundo, ese baño representaba seguramente el epicentro de cierto mundo porteño: esa noche, como casi todas las noches, el baño de hombres era un concentrado de la fauna de la discoteca, ampliada y desnudada por la luz muy blanca. Por allí se paseaban los penachos lila y las ojeras negras, las miradas perdidas y los gestos relamidos en medio de un ajetreo que no podía ser justificado por meras necesidades mingitorias.

Jáuregui hizo una escala en el salón para un whisky rápido. El lugar rebosaba de cuerpos que se rozaban, se agitaban, se exhibían. Al fondo, en el escenario, cuatro muchachos dramatizaban una ópera minimalista: mientras tres de ellos, en cuclillas, salmodiaban con variedad de sonidos una sola palabra propiciatoria de alguna desgracia, el cuarto los azotaba con una rama de fresno verde. El vareador estaba vestido de presidente, con la banda argentina atravesada sobre el frac y una galera color patito; los otros tres, de carmelitas descalzos hasta la coronilla. Media docena de perros policía los olisqueaban con esmero; un manto negro, con las patas en los hombros del supliciado del medio, intentaba sobre su cabeza una masturbación frenética, convulsiva. Detrás, en una tela blanca de muchos metros cuadrados, una pintada con aerosol rojo: "Los fiambres son para comérselos. Lalengua".

Nadie parecía prestarles mayor atención; en un rincón de la pista, del otro lado, diez o doce mujeres totalmente pintadas de negro intentaban una pirámide casi humana mientras coreaban la marcha radical; a su alrededor, buena parte de la concurrencia las ayudaba o trataba de tirarlas o las rociaba con chorros de cerveza. Jáuregui evaluó —y desechó— la posibilidad de embetunarse las manos en la construcción de la pirámide y se fue hacia el baño.

Al entrar, un rubito parecido al de la noche anterior lo miró con ojos vacunos mientras se acariciaba con la mano huesuda un esternón flaco bajo la camisa blanca con puntillas. Jáuregui, sin pararse, le dijo algo que sonó como adiós muñeca y le pisó deliberadamente un pie con sus zapatillas negras. El rubito contuvo un aullido, que quedó en mueca tragicómica; Jáuregui se apuró hacia el único inodoro vacío y cerró la puerta con traba.

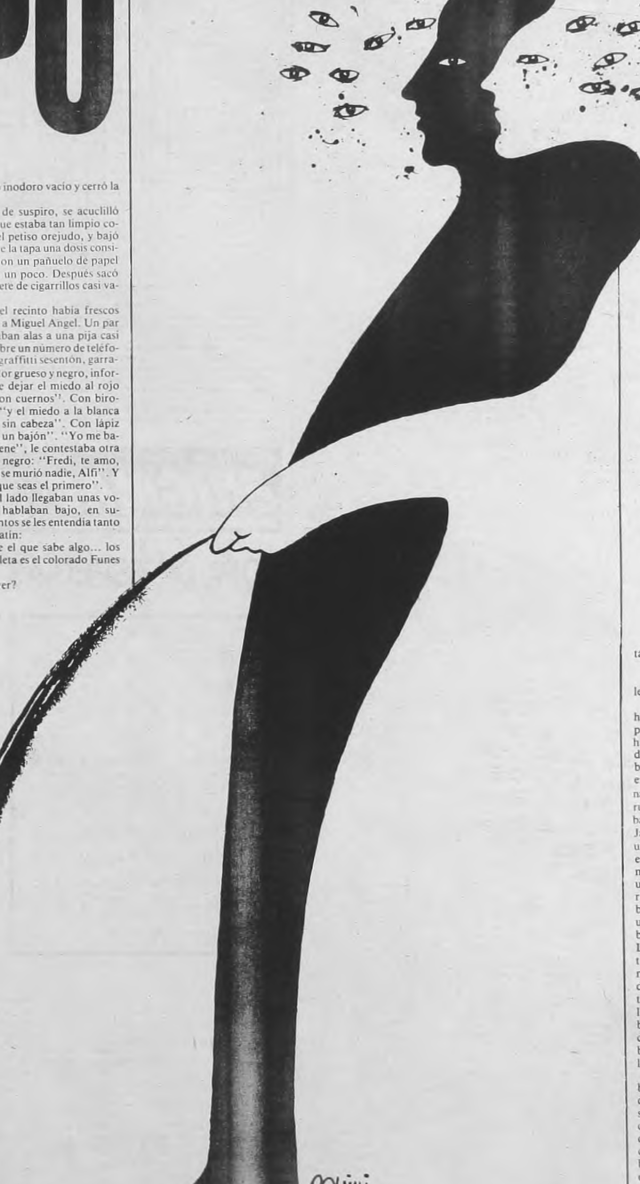
Con una especie de suspiro, se acuclilló frente al inodoro, que estaba tan limpio como el prontuario del petiso orejudo, y bajó la tapa. Escupió sobre la tapa una dosis considerable de saliva y con un pañuelo de papel trató de adecentarla un poco. Después sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos casi vacío.

En las paredes del recinto había frescos que no debían nada a Miguel Angel. Un par de bolas peludas daban alas a una pija casi angelical, posada sobre un número de teléfono de Belgrano. Un graffitti sesentón, garrapateado con marcador grueso y negro, informaba que "hay que dejar el miedo al rojo para los animales con cuernos". Con birome, otro agregaba "y el miedo a la blanca para los mocasines sin cabeza". Con lápiz rojo: "El mundo es un bajón". "Yo me bajo la semana que viene", le contestaba otra birome. Y un lápiz negro: "Fredi, te amo, pero de amor nunca se murió nadie, Alfi". Y otro lápiz: "Ojalá que seas el primero".

Del inodoro de al lado llegaban unas voces. Dos hombres hablaban bajo, en susurros, y por momentos se les entendía tanto como una misa en latín:

—...a Patiño que el que sabe algo... los fiambres de la Recoleta es el colorado Funes que...

—...se lo puede ver?



—...es seguro, pero suele andar por el Británico del parque...

—...y Patiño qué...

—...no seas gil, si lo arreglan por zurda... les pueden sacar mucha guita...

Jáuregui, mientras trataba de escuchar, había sacado del paquete de cigarrillos un papelito metalizado, doblado en ocho, y lo había abierto. Con una gillette partida al medio sacó del papelito una pizca de polvo blanco, lo puso sobre la tapa del inodoro y empezó a picarlo, tratando de deshacer algunas piedritas sin hacer ruido. A los de al lado el ruido no parecía importarles demasiado; sonaba como si estuvieran hachando un árbol fósil. Jáuregui los odió quince segundos. Solía haber un momento, en medio de la ceremonia, en que el olor a mierda o algún otro detalle concomitante lo hacía sentir un poco desgraciado, un poco abyecto; pero por lo general pasaba rápido. Cuando le pareció que el polvo estaba bien desmenuzado, lo extendió formando una raya blanca sobre la tapa negra y sacó un billete de cien mil del bolsillo del pantalón. Lo enrolló, se sonó la nariz y se llevó el canuto a la narina izquierda. La raya era un gusano grueso, que reptaba poco. Se tapó con un dedo la derecha y aspiró, con narina y canuto, el gusano blanco que fue borrándose de la tapa negra. Cuando llegó a la mitad cambió de mano y de narina y repitió la operación. Después se paró, se guardó todo en el bolsillo y sacudió la cabeza como si fuera el león de la metro.

Cuando salió del inodoro, con la cabeza bien alta, erguida como una diosa desterrada, Jáuregui vio a los de al aldo, que también salían de su cubículo, uno detrás del otro, como silbando bajito. Eran dos individuos de unos treinta años, vestidos con bluyines y camperas negras con más hebillas que la betty boop, que no desentonaban para nada en el lugar. Jáuregui conocía de vista a uno de los dos: era un policía de civil, uno de la brigada de toxicomanía que solía andar por ahí so pretexto de mantenerse informado. Pero esa noche, evidentemente, estaba buscando nuevos horizontes.

Jueves 22 de febrero de 1990

RPO



apuro hacia el único inodoro vacío y cerró la puerta con traba.

Con una especie de suspiro, se acuclilló frente al inodoro, que estaba tan limpio como el prontuario del petiso orejudo, y bajó la tapa. Escupió sobre la tapa una dosis considerable de saliva y con un pañuelo de papel trató de adecentarla un poco. Después sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos casi vacío.

En las paredes del recinto había frescos que no debían nada a Miguel Angel. Un par de bolas peludas daban alas a una pija casi angelical, posada sobre un número de teléfono de Belgrano. Un graffitti sesentón, garrapateado con marcador grueso y negro, informaba que "hay que dejar el miedo al rojo para los animales con cuernos". Con birome, otro agregaba "y el miedo a la blanca para los mocasines sin cabeza". Con lápiz rojo: "El mundo es un bajón". "Yo me bajo la semana que viene", le contestaba otra birome. Y un lápiz negro: "Fredi, te amo, pero de amor nunca se murió nadie, Alfi". Y otro lápiz: "Ojalá que seas el primero".

Del inodoro de al lado llegaban unas voces. Dos hombres hablaban bajo, en susurros, y por momentos se les entendía tanto como una misa en latín:

—...a Patiño que el que sabe algo... los fiambres de la Recoleta es el colorado Funes que...

—...se lo puede ver?

—...es seguro, pero suele andar por el Británico del parque...

—...y Patiño qué...

—...no seas gil, si lo arreglan por zurda... les pueden sacar mucha guita...

Jáuregui, mientras trataba de escuchar, había sacado del paquete de cigarrillos un papelito metalizado, doblado en ocho, y lo había abierto. Con una gillette partida al medio sacó del papelito una pizca de polvo blanco, lo puso sobre la tapa del inodoro y empezó a picarlo, tratando de deshacer algunas piedritas sin hacer ruido. A los de al lado el ruido no parecía importarles demasiado; sonaba como si estuvieran hachando un árbol fósil. Jáuregui los odió quince segundos. Solía haber un momento, en medio de la ceremonia, en que el olor a mierda o algún otro detalle concomitante lo hacía sentir un poco desgraciado, un poco abyecto; pero por lo general pasaba rápido. Cuando le pareció que el polvo estaba bien desmenuzado, lo extendió formando una raya blanca sobre la tapa negra y sacó un billete de cien mil del bolsillo del pantalón. Lo enrolló, se sonó la nariz y se llevó el canuto a la narina izquierda. La raya era un gusano grueso, que reptaba poco. Se tapó con un dedo la derecha y aspiró, con narina y canuto, el gusano blanco que fue borrándose de la tapa negra. Cuando llegó a la mitad cambió de mano y de narina y repitió la operación. Después se paró, se guardó todo en el bolsillo y sacudió la cabeza como si fuera el león de la metro.

Cuando salió del inodoro, con la cabeza bien alta, erguida como una diosa desterrada, Jáuregui vio a los de al aldo, que también salían de su cubiculo, uno detrás del otro, como silbando bajito. Eran dos individuos de unos treinta años, vestidos con bluyines y camperas negras con más hebillas que la betty boop, que no desentonaban para nada en el lugar. Jáuregui conocía de vista a uno de los dos: era un policía de civil, uno de la brigada de toxicomanía que solía andar por ahí so pretexto de mantenerse informado. Pero esa noche, evidentemente, estaba buscando nuevos horizontes.

GENTILEZA EDITORIAL PLANETA





el PERICH

EL ENIGMA VIAJERO

Cuando uno emprende un viaje, por lo general, sabe hacia dónde se dirige. Pero puede suceder que, por motivos imprevistos, se concluya el viaje en cualquier otro lugar. Es lo que les pasó a estos cinco caballeros: una mujer se interpuso en el camino de cada uno, y por ella cambiaron sus respectivos itinerarios. Averigüe a dónde viajaban, dónde se quedaron finalmente y gracias a quién.

		VIAJABA A					SE QUEDO EN					GRACIAS A				
		Groenlandia	Heidelberg	India	Moscú	Nueva York	Berlín	Haiti	Hawai	Palermo	Washington	Actriz	Asistente	Azafata	Pintora	Punk
NOMBRE	Antonio															
	Carlos															
	Damián															
	Fernando															
	Hernán															
GRACIAS A	Actriz															
	Asistente															
	Azafata															
	Pintora															
	Punk															
SE QUEDO EN	Berlín															
	Haiti															
	Hawai															
	Palermo															
	Washington															

1. El que practicaba yoga (que no se llama Fernando) se dirigía a la India, pero en el camino se enamoró de una punk alemana que se lo llevó a Berlín.
2. Carlos, un famoso psiquiatra, se dirigía a un congreso en Nueva York, pero una hermosa mujer le llamó la atención sobre el trance vudú. Y se fue con ella a Haiti, a estudiar tan interesante fenómeno.
3. La pintora cambió el curso de la vida del profesor de letras, que no se llama Antonio.
4. Hernán, un importante geólogo, se enamoró profundamente de su asistente.
5. La actriz norteamericana convenció a su compañero de avión de que se fuera con ella a Washington.
6. Un importante político fue enviado por su partido a un congreso en Moscú.
7. Damián, contra todo lo previsto, concluyó su viaje en Palermo.
8. El que iba a Groenlandia terminó en Hawaii.



SOPA DE ESPECIAS

B	F	O	G	G	F	L	Q	M	I
T	M	I	R	T	O	U	B	E	T
E	E	E	H	D	A	S	K	S	D
A	N	C	H	P	Q	Y	R	P	W
R	T	Ñ	X	I	O	O	C	I	M
S	A	O	Y	P	K	N	V	N	Ñ
Z	Y	G	E	R	A	N	I	O	L
U	R	A	X	V	Y	W	N	L	J
H	I	D	G	O	E	N	C	L	B
Q	J	R	P	F	Ñ	A	M	D	K
E	W	E	V	S	Z	Y	T	A	U
F	X	U	C	A	B	U	Y	A	G
D	M	M	G	H	Y	K	X	B	Z

Solución

Antonio (yogui), India, Berlín, punk.
Carlos (psiquiatra), Nueva York, Haiti, azafata.
Damián, (prof. de letras), Heidelberg, Palermo, pintora.
Fernando (político), Moscú, Washington, actriz.
Hernán, (geólogo), Groenlandia, Hawaii, asistente.